

**XII. Acción empresarial, teoría  
económica y doctrina  
social de la Iglesia**

---

MIGUEL ALFONSO  
MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA

**MIGUEL ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA Y ORTEGA**

*Catedrático de Economía de la Universidad de Navarra*

Es Catedrático de Economía y Profesor Ordinario de la Universidad de Navarra; Académico de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras; Profesor Honoris Causa de la Universidad Católica de Buenos Aires; y Subdirector del Instituto Empresa y Humanismo.

## INTRODUCCIÓN

Las gentes prácticas, los hombres de acción, como suelen ser los empresarios, cuando además son cristianos y tienen una preocupación concreta por servir a los demás, desean, como es lógico, poner en práctica su fe, y suelen preguntarse, al acabar de leer algún documento magisterial sobre la doctrina social de la Iglesia, todo esto está muy bien, ¿pero cómo se aplica a mi caso concreto, a la marcha cotidiana de mi empresa?, ¿Qué medidas concretas tendría que aplicar en la gestión de mi empresa para poner por obra esa doctrina?

Acertar en el modo de responder a este tipo de preguntas es decisivo para no incurrir en posiciones confusas que suelen degenerar en el desencanto y la pasividad. Para lo cual es imprescindible pararse primero a pensar y tratar de precisar muy bien los términos del problema. Si no se entiende bien el sentido de la acción que hay debajo de esas preguntas, se puede con facilidad incurrir en respuestas frívolas o atolondradas que más tarde o más temprano suelen llevar al desconcierto. Un tipo de solución precipitada sería la de los que no entienden muy bien el sentido de la doctrina social de la Iglesia, o en el mejor de los casos la entienden como un hermoso ideal inaplicable en esta vida, algo surgido de gentes bienintencionadas pero alejadas de la realidad, que en último término lo único que hacen es plantear falsos problemas de conciencia a empresarios competentes. Otro tipo de posible respuesta precipitada sería la de quienes intentan llevar adelante planes de acción en los que confunden soluciones personales, concretas y opinables, con hipotéticas conclusiones que interpretan como deducciones obtenidas por lógica rigurosa de los principios de la doctrina

social de la Iglesia. En este último caso, el muy probable fracaso de ese tipo de iniciativas no se suele juzgar como el fracaso de proyectos personales, cosa que sería lo lógico, y que no tiene nada de extraño, sino que de manera más o menos explícita se viene a sostener que lo que ha fracasado es nada más y nada menos que la misma doctrina social de la Iglesia. En este último caso también suele ser normal que se acabe sosteniendo que la aplicación de esa doctrina no es tarea para un hombre aislado, sino que requiere una reforma previa de las estructuras, algo que sólo podría llevarse a cabo mediante el recurso a los poderes públicos. Estos tipos de posibles reacciones hacen ver lo importante que resulta precisar el sentido de la doctrina social de la Iglesia, y de qué modo puede afectar a la vida concreta de un empresario.

Como la acción presupone el conocimiento, sea éste cierto o falso, y como el saber y la teoría con la finalidad de toda práctica, es imprescindible establecer muy bien qué tipo de conocimiento constituye la doctrina social, y junto con qué otro tipo de conocimientos constituye el marco o presupuesto a partir del cual el empresario puede y debe llevar adelante su iniciativa y responsabilidad personal, sin incurrir en falsas situaciones como las anteriormente descritas.

Puede ser conveniente que comencemos por avanzar la conclusión que pretendemos fundamentar a lo largo de estas líneas, y que se reduce a la siguiente tesis: el empresario cometería un notable error práctico si pretendiese actuar de manera directa conforme a lo que, según su opinión, constituyen los principios de acción de la doctrina social de la Iglesia, como si esta última aportara soluciones operativas de aplicación inmediata a problemas concretos. Como luego veremos, lo primero que exige una aplicación correcta de esa doctrina es precisamente que el empresario se esfuerce por mejorar su competencia y preparación profesional, que conozca lo mejor posible el sentido y la finalidad de la tarea que le compete y le inserta funcionalmente en el seno de la sociedad. Se podría incluso decir que éste sería el primer resultado práctico que se sigue de una atenta lectura de los documentos de la doctrina social de la Iglesia. Y viceversa, sólo el empresario com-

petente, el que cada día se esfuerza por su mejora, ésta preparado para dar aplicación concreta, en su particular situación, a los principios de la doctrina social de la Iglesia. Sólo si se combina la competencia profesional con el esforzado conocimiento práctico de esa doctrina, se pueden evitar actitudes esquizofrénicas que llevan a un extraño enfrentamiento entre las decisiones que hay que tomar en el día a día, en el ambiente propio de los negocios, con sus aspectos negativos y positivos, con lo que sucedería en un hipotético mundo idealizado de «gentes solidarias», que sería el propio de un falso entendimiento de la doctrina social de la Iglesia.

Como una consecuencia inmediata de esta primera conclusión se debe insistir en que la doctrina social de la Iglesia bajo ningún concepto puede entenderse como una alternativa a los modos conocidos de gestión, ni a los esquemas compartidos de a teoría económica. Sino como una luz que ayuda a profundizar en la propia competencia profesional de la actividad que se está desempeñando y, lo que es más importante, en el sentido de la propia vida.

La distinción clásica entre inteligencia y razón puede ayudar a entender el sentido que la doctrina social de la Iglesia debe desempeñar en la acción cotidiana de un empresario. La inteligencia es luz que sin esfuerzo permite ver la realidad de las cosas, mientras que la razón se ve obligada a proceder en forma discursiva y esforzada. Sin esta última, sin el esforzado empeño por buscar y comprobar, no sería posible llegar a nuevas perspectivas desde las que la luz de la inteligencia permitiera con su aparente facilidad, ir entendiendo el mundo que nos rodea. Algo parecido al montañero que sube esforzadamente, paso a paso, las laderas de una montaña que, después de prestar toda su atención a resolver las dificultades de los pasos de cada pequeño trayecto, puede levantar la cabeza y gozar sin esfuerzo de las nuevas perspectivas que se disfrutan desde el lugar recientemente alcanzado. Un empresario que no se esfuerce seriamente por ascender en su competencia y calidad personal difícilmente llegará a tener la suficiente perspectiva para entender el sentido profundo de las luces que aporta a su vida y a su profesión la doctrina social de la Iglesia.

En las líneas que vienen a continuación trataremos de los siguientes temas. En primer lugar se expone un breve recordatorio sobre la naturaleza y sentido de la doctrina social de la Iglesia. En segundo lugar se explicará el sentido de la teoría económica. En tercer y último lugar, teniendo presente la relación entre ambos tipos de conocimientos, intentaremos sacar algunas conclusiones sobre las implicaciones que eso tiene sobre la acción empresarial.

### **LA NATURALEZA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA**

Como ha dejado muy claro Juan Pablo II, la doctrina social de la Iglesia es una parte de la teología moral. Por tanto, se trata de una reflexión que, a partir de la revelación, y con la ayuda de esas formas históricas de la razón que son la tradición y el magisterio, intenta hacer más claros y evidentes aquellos principios que pueden servir a todos los hombres y, de modo especial, a los cristianos, a la hora de llevar adelante su ser de cristianos en sus relaciones con los demás hombres. Reflexiones que, normalmente, han surgido con ocasión de alguna situación concreta en la vida de los pueblos que podía oscurecer el sentido verdadero de la doctrina de la Iglesia sobre algún aspecto concreto de los distintos modos de organizar la convivencia social y el uso de los bienes.

Precisamente porque se trata de un mensaje universal, de una luz que tiene que iluminar a todos los hombres en todas las cambiantes circunstancias de su vida, no puede ni debe aportar soluciones concretas y particulares, ya que en tal caso perdería su imprescindible condición de universalidad. En este sentido, la aparente falta de aplicación inmediata de los principios de la doctrina social de la Iglesia es una buena señal. Quejarse de esa falta de aparente aplicabilidad sería algo tan absurdo como el hipotético caso de un empresario que se que-

jase de que el objetivo de ganar dinero es algo demasiado vago para entender cuál es la esencia de la tarea que le compete; que lo que a él le agradaría es que le dijese exactamente cómo y dónde se puede ganar el dinero.

En este sentido conviene recordar que el primer y más importante mandamiento del Decálogo, el único que se expresa en forma positiva y que incita a la acción, amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo, es muy útil precisamente porque es muy general, porque no concreta el modo de realizar ese amor, sino que deja a la iniciativa de cada uno el modo de llevarlo a cabo en sus propias circunstancias. Es muy aleccionador comprobar que todos los demás mandamientos, los que impiden determinadas acciones, están expresados en forma negativa y en algunas ocasiones en forma muy concreta.

En resumidas cuentas, la doctrina social de la Iglesia no tiene aplicación inmediata precisamente porque es una expresión positiva que incita al servicio a los demás. Se trata de una luz que impulsa y ayuda a poner por obra los principios de construcción de la sociedad, el ideal cristiano de amar a Dios a través de los demás, pero no como algo abstracto o que sólo compete a las autoridades políticas, sino como algo personal e irrepetible que puede ser realizado de muchas maneras y que, por tanto, apela y se fundamenta en la libre iniciativa y responsabilidad de cada hombre, en su condición de persona, o lo que es lo mismo, en su original e irrepetible capacidad de amar y ser amado.

En la concepción cristiana del hombre y su destino, el respeto de su libertad y el fomento de su capacidad de iniciativa forman parte constitutiva del querer divino sobre el modo de ser humano, de tal modo que ese amor, por ser racional, tiene que ser creativo, propio y personalizado del modo de ser irrepetible de cada hombre. Por muy simple que pueda parecer esta reflexión, no es otro, a mi entender, el mensaje de fondo de la doctrina social de la Iglesia.

Si la cosa es en apariencia tan sencilla ¿por qué surge entonces la doctrina social de la Iglesia? La respuesta, como in-

tentaremos precisar un poco más abajo, fue precisamente para defender el ejercicio libre y racional, que Dios ha dispuesto que sea el modo propio de la manifestación del amor del hombre, y que muchas veces queda como oscurecidos por el polvo que levanta el hombre en su caminar a lo largo de la historia. Puede decirse que surgió escasamente hace algo más de un siglo, cuando desde determinadas visiones de la teoría económica y de la sociedad se quería imponer una especie de dictadura de las supuestas fuerzas de la materia o de la historia, con la consiguiente irresponsabilidad del hombre en sus actos sociales. Cuando se intentaba eliminar la radical libertad de acción que Dios había otorgado al hombre en nombre de un supuesto principio científico de conducta humana. Sobre todo, cuando la condición de los pobres y los obreros era tomada como un medio al servicio de los más ricos o los más poderosos.

En este sentido, la doctrina social de la Iglesia no surgió para imponer un modelo cristiano de organización de la sociedad, que ni existe, ni ha existido nunca. En todo caso se podría decir, de forma paradójica, que el único modelo que admite la Iglesia de organización de la sociedad sería precisamente aquel que no impone ningún modelo. Que reconoce que cada hombre, precisamente en cuanto que realiza su condición de persona en el seno de la sociedad, de algún modo la desborda y se sitúa más allá de todo modelo de sociedad; que tiene una dimensión que trasciende los límites de este mundo.

Puede entonces decirse que la doctrina social de la Iglesia surge precisamente para defender la dignidad del ser humano frente a determinadas teorías económicas que se presentaban como una seria amenaza a la libertad de acción que Dios ha otorgado al hombre. En ese sentido, esas teorías, al desbordar sus propios límites metodológicos, dejaban de ser económicas para convertirse en filosofías de la historia, en ideologías o pseudo religiones que, de manera violenta e infundada, negaban la condición de persona del hombre y le arrancaban su papel de piedra clave de la construcción de la sociedad. Una teoría económica merece realmente ese nombre en la medida en que, consciente de la naturaleza de su propio método, mantiene el

respeto a la pluralidad de soluciones que en principio admite el llamado problema de la construcción del orden social.

## EL SENTIDO DE LA TEORÍA ECONÓMICA

Aunque, afortunadamente, a lo largo del siglo XX se han producido avances en el modo de entender la naturaleza y en el método de la teoría económica, todavía entre el vulgo predominan visiones muy simplistas que tienen su origen remoto en el espíritu del cientifismo positivista de finales del siglo XIX. Éste fue el ambiente en el que se elaboraron algunas supuestas teorías económicas, que en realidad eran algo más, y que fueron ocasión para el nacimiento de la llamada doctrina social de la Iglesia.

Por ejemplo, suele ser opinión generalizada que el objeto central de la teoría económica sería estudiar el modo de remediar unas supuestas necesidades materiales de los hombres. Aparte de la ambigüedad de esa manera de definir la teoría económica, podemos decir que, en cualquier caso, se trata de una definición parcial, ya que desde sus orígenes lo que ha constituido el objeto principal de la teoría económica ha sido como surge y se constituye el orden de la sociedad. Dicho de una manera todavía más radical, el objetivo principal de la teoría económica es y ha sido estudiar el sentido de la acción humana, contemplada desde la perspectiva de su dimensión externa y objetiva.

La razón de esta preocupación de la teoría económica por el tema de la construcción del orden social es bien sencilla de explicar. En las ciencias naturales, como la física y la biología, la existencia de un orden natural se da por supuesto, de tal modo que el objetivo de esas ciencias puede ser descrito como el continuado empeño por descubrir los principios y las claves de ese orden, y viceversa: cómo a partir de ellas se pueden explicar fenómenos que se ligan a situaciones concretas.

tentaremos precisar un poco más abajo, fue precisamente para defender el ejercicio libre y racional, que Dios ha dispuesto que sea el modo propio de la manifestación del amor del hombre, y que muchas veces queda como oscurecidos por el polvo que levanta el hombre en su caminar a lo largo de la historia. Puede decirse que surgió escasamente hace algo más de un siglo, cuando desde determinadas visiones de la teoría económica y de la sociedad se quería imponer una especie de dictadura de las supuestas fuerzas de la materia o de la historia, con la consiguiente irresponsabilidad del hombre en sus actos sociales. Cuando se intentaba eliminar la radical libertad de acción que Dios había otorgado al hombre en nombre de un supuesto principio científico de conducta humana. Sobre todo, cuando la condición de los pobres y los obreros era tomada como un medio al servicio de los más ricos o los más poderosos.

En este sentido, la doctrina social de la Iglesia no surgió para imponer un modelo cristiano de organización de la sociedad, que ni existe, ni ha existido nunca. En todo caso se podría decir, de forma paradójica, que el único modelo que admite la Iglesia de organización de la sociedad sería precisamente aquel que no impone ningún modelo. Que reconoce que cada hombre, precisamente en cuanto que realiza su condición de persona en el seno de la sociedad, de algún modo la desborda y se sitúa más allá de todo modelo de sociedad; que tiene una dimensión que trasciende los límites de este mundo.

Puede entonces decirse que la doctrina social de la Iglesia surge precisamente para defender la dignidad del ser humano frente a determinadas teorías económicas que se presentaban como una seria amenaza a la libertad de acción que Dios ha otorgado al hombre. En ese sentido, esas teorías, al desbordar sus propios límites metodológicos, dejaban de ser económicas para convertirse en filosofías de la historia, en ideologías o pseudo religiones que, de manera violenta e infundada, negaban la condición de persona del hombre y le arrancaban su papel de piedra clave de la construcción de la sociedad. Una teoría económica merece realmente ese nombre en la medida en que, consciente de la naturaleza de su propio método, mantiene el

respeto a la pluralidad de soluciones que en principio admite el llamado problema de la construcción del orden social.

## EL SENTIDO DE LA TEORÍA ECONÓMICA

Aunque, afortunadamente, a lo largo del siglo XX se han producido avances en el modo de entender la naturaleza y en el método de la teoría económica, todavía entre el vulgo predominan visiones muy simplistas que tienen su origen remoto en el espíritu del cientifismo positivista de finales del siglo XIX. Éste fue el ambiente en el que se elaboraron algunas supuestas teorías económicas, que en realidad eran algo más, y que fueron ocasión para el nacimiento de la llamada doctrina social de la Iglesia.

Por ejemplo, suele ser opinión generalizada que el objeto central de la teoría económica sería estudiar el modo de remediar unas supuestas necesidades materiales de los hombres. Aparte de la ambigüedad de esa manera de definir la teoría económica, podemos decir que, en cualquier caso, se trata de una definición parcial, ya que desde sus orígenes lo que ha constituido el objeto principal de la teoría económica ha sido como surge y se constituye el orden de la sociedad. Dicho de una manera todavía más radical, el objetivo principal de la teoría económica es y ha sido estudiar el sentido de la acción humana, contemplada desde la perspectiva de su dimensión externa y objetiva.

La razón de esta preocupación de la teoría económica por el tema de la construcción del orden social es bien sencilla de explicar. En las ciencias naturales, como la física y la biología, la existencia de un orden natural se da por supuesto, de tal modo que el objetivo de esas ciencias puede ser descrito como el continuado empeño por descubrir los principios y las claves de ese orden, y viceversa: cómo a partir de ellas se pueden explicar fenómenos que se ligan a situaciones concretas.

Es precisamente el supuesto de un orden subyacente el que sirve de fundamento para la aplicación del llamado método experimental. Se puede definir el experimento como la formulación de una especie de pregunta «con trampa» dirigida a la naturaleza para, en función de la respuesta recibida, saber cuál es la verdadera naturaleza del orden subyacente.

El problema con que se enfrentan las ciencias sociales es bastante diferente. No es que no exista un orden, sino que es de naturaleza muy distinta: no es algo impuesto y predeterminado, sino que supone un tipo especial de diseño, algo que tiene que ver con el modo humano de conocer y obrar. En realidad no se trata propiamente de un orden, sino que más bien se podría definir como un proyecto colectivo que está en continua realización. Algo que plantea no sólo problemas epistemológicos y metodológicos muy complejos, sino lo que es más importante, remite en último término al sentido de la acción humana.

El hombre no vive encerrado en un orden natural que lo determina y lo condiciona, como sucede en el caso de los brutos, sino que puede diseñar y realizar su propio entorno, o lo que es lo mismo, puede construir su ámbito de acción, su modo de mostrarse persona. Por esta razón, como sostiene la antropología, se trata del único animal que habita y dispone del mundo, que hace suyo su entorno, que puede por tanto ponerlo al servicio de Dios a través de los demás. Habitar quiere decir que diseña su mundo, o que su relación con la naturaleza está mediada por la cultura. Mientras todos los tipos de orden natural son de solución única y predeterminada, el ámbito de la acción humana carece de solución única, es tarea de muchos, fruto de la libertad de todos. Esta peculiar naturaleza artificial, social e histórica del orden humano no ha dejado de plantear un serio problema sobre el método de las ciencias sociales que, con más frecuencia de lo deseable, se ha reducido y simplificado, dando por supuesto que para que la economía fuese una ciencia rigurosa debía seguir los métodos y modelos de las ciencias naturales.

Dicho de una manera un tanto provocadora, la economía tiene como objeto una actividad que carece de fin, en el sen-

tido de que no es posible dar por supuesta la existencia de un orden social naturalmente predeterminado. Se trata de un orden abierto, con la peculiaridad de que esa apertura reside en la condición de persona del ser humano. Mientras la física se rige por leyes que se cumplen siempre y en todo lugar, la economía se enfrenta con leyes que se cumplen dentro de un entorno histórico concreto, que forma parte de un proceso cultural e histórico cuya finalidad última no es posible establecer con precisión. Esto quiere decir que, al contrario de lo que se ha venido sosteniendo hasta hace poco en determinados ambientes, la economía no puede definirse como la ciencia de los medios, sino, precisamente, como la que pone más de manifiesto la necesidad de no olvidar la intrínseca conexión de los medios con los fines y, sobre todo, lo interminable de esa cadena de causalidad.

Dentro del gran esfuerzo metodológico que la teoría económica ha realizado en los dos últimos siglos para explicar qué tipo de orden es el propiamente humano, una de las primeras conclusiones alcanzadas es que, evidentemente, el llamado orden económico supera el rígido determinismo que se observa en los llamados ordenes naturales. Así como un bruto, ya desde recién nacido, sabe comportarse como le corresponde, sin prácticamente aprendizaje, pues está como encajado en un sistema de solución única, lo propio del hombre es que no sabe cómo comportarse, o mejor dicho, que tiene que comportarse de forma racional, lo cual, desde el punto de vista de la solución, quiere decir que en principio serían incontables los modos posibles de comportamiento. La teoría económica ha llegado a la conclusión de que su objetivo central es estudiar cómo el hombre construye órdenes racionales, lo cual, desde el punto de vista del resultado, quiere decir que admite muchas soluciones, incluso para las mismas circunstancias, y que muchas de ellas son imprevisibles.

Posiblemente la más importante de las aportaciones realizadas por Adam Smith, considerado como fundador de la economía, fue precisamente la solución que dio al problema de cómo podía surgir el orden de la acción humana. La famosa metáfora de la «mano invisible» constituye el primer intento

de explicar el orden de la sociedad a partir de la libertad de iniciativa por parte de los comerciantes.

Sin embargo, la explicación de la formación que propuso Smith mostró la debilidad de su fundamento antropológico, al dejarse llevar por el prejuicio naturalista de que ese orden se producía de modo automático e impersonal, sin que nadie tuviese la intención de los agentes. Es decir, estableció que el orden social resultante estaba prefijado de antemano, era de solución única, con lo que de algún modo no daba una respuesta plena al sentido de la acción humana.

El simplismo de la propuesta de Smith consistía en el intento de sustituir la prudencia por la técnica. Si se da por supuesto que el orden de la sociedad de algún modo ha sido determinado, y se produce con independencia de las intenciones de los agentes, entonces, bajo la apariencia de lo contingente no hay más que el imperio de la necesidad; es decir, el dominio de la técnica y del gobierno despótico. En un mundo donde el orden se logra por encima de la intención explícita de los agentes, no se hecha en falta la prudencia, ese saber directivo que, consciente de la apertura del hombre a lo inesperado, trata de buscar el sentido de ese continuo e incesante encadenarse de los medios con los fines. En ese mundo deshumanizado se produce el espejismo de que para que surja el orden basta guiarse por la eficiencia, y en tal caso el saber prudencial se hace innecesario y queda sustituido por la astucia, por la pura factibilidad que se convierte en criterio último de acción.

No nos podemos detener aquí a exponer con más detalles las interesantes conclusiones que los más radicales de los revolucionarios franceses sacaron de los supuestos antropológicos en que se basa la propuesta de orden social elaborada por Smith, y que llevó a dos reacciones radicalmente opuestas, la de Burke y la de Marx. Posturas que fueron de gran ayuda para la evolución posterior de la teoría económica.

La concepción socialista de la construcción del orden social. Aunque surge en último término del naturalismo que propugna Smith, tiene sin duda una deuda todavía más grande con

las teorías sociales de Bonald, Maistre y Saint Simon, que proclaman un naturalismo tan radical que resulta incompatible con el sentido de la libertad y responsabilidad de la acción humana. Un naturalismo que llega al paroxismo en el planteamiento materialista y ateo de Marx, donde el hombre queda reducido a un juguete en las manos de fuerzas extrañas e inhumanas.

Es precisamente en ese momento histórico de aparición del marxismo cuando la Iglesia juzgó conveniente intervenir, no tanto para corregir unas teorías económicas o posibles explicaciones del orden social, siempre opinables, sino para defender la amenaza que desde una falsa antropología se cernían sobre la dignidad de la persona humana y, de modo especial, sobre la vida de los más pobres y débiles, como eran las masas obreras de aquellos tiempos. La Iglesia levantó la bandera de la defensa de la libertad y de la responsabilidad de la acción humana. Ni pretendía tomar voz en el debate teórico sobre la construcción de la sociedad, ni presentaba sus razones como una especie de teoría económica alternativa, como ni tan siquiera unos principios básicos para la elaboración del pensamiento económico. Se limitaba a dejar claro cuál es el significado que para el mensaje cristiano ha tenido y tiene el sentido y el destino de la acción humana.

Por eso, pienso que no hay por qué buscar una especie de coordinación de la teoría económica con los principios de la doctrina social de la Iglesia. Tengo para mí, si no lo he entendido mal, que uno de los principios básicos de la antropología cristiana es la confianza y la visión positiva acerca de la capacidad de la luz de la razón. Una luz que si no puede llegar a la esencia de las verdades reveladas, cosa que haría innecesaria la revelación, sí puede llegar a conclusiones que de un modo u otro ayuden a entender mejor el sentido de las verdades reveladas. Como no podía ser de otro modo, si la Iglesia pretende seguir los pasos de su divino fundador, tiene que tomarse en serio la razón y la libertad humanas, de tal modo que no sólo respete el recurso al esfuerzo continuado por descubrir nuevas y mejores teorías económicas, sino que su fomento y apoyo a ese modo de proceder es una de las prime-



ras conclusiones que se sacan de la atenta lectura de los textos de la doctrina social de la Iglesia.

En mi opinión, creo que no resulta muy acertado hablar de una especie de teoría económica cristiana, o de inspiración cristiana, ya que en orden a la reflexión sobre el modo de construir teorías del orden social, el cristiano, como los demás hombres, sólo dispone de la luz de su inteligencia y de la esforzada y paciente tarea de la razón. No puede comportarse como si dispusiese de una luz especial que le exime del recurso a sus capacidades naturales y le permite llegar de un golpe al fin de la historia. Por eso, a la hora de preguntarse como la doctrina social de la Iglesia ha podido influir en el desarrollo de la teoría económica, hay que adelantarse a decir que esa pregunta sólo tiene sentido si se plantea en sus términos correctos.

Lo primero es que esa influencia nunca fue pretendida. En todo caso la única y principal influencia ha sido defender e insistir en la autonomía de la teoría económica, y animar a todos los que la cultivan a persistir en el tenaz y persistente estudio de cómo se pueden resolver los problemas que siempre irá planteando la creación y la distribución de la riqueza. La defensa de la dignidad de la persona humana comienza por el respeto a la razón y la inteligencia propia del hombre, y de modo más concreto de la libertad del estudioso de la realidad social y económica.

A pesar de que, como es lógico, la propia debilidad humana y la innegable existencia del pecado puede dificultar muchas veces el recto uso de la razón y dar lugar a propuestas teóricas o interpretaciones del orden social que conlleven a posiciones políticas que desprecien la dignidad humana, la Iglesia ni dejará de denunciar todo lo que sea opresión a la dignidad del hombre, ni dejará por eso de confiar en la luz de la razón, apelando una y otra vez a la inevitable necesidad del estudio sereno y desapasionado, como único modo de llegar a soluciones más justas y más adecuadas a los problemas del orden social.

Ni tan siquiera se puede invocar como, con indudable buena intención, pero con no poco desconocimiento, suelen hacer

algunos peligrosos apologistas de la doctrina social de la Iglesia, según los cuales la veracidad de los principios de esa doctrina se demostraría porque su aplicación a la teoría económica llevaría a soluciones que traerían mayor riqueza y bienestar para todos. El recurso a esa especie de argumento utilitarista es prueba de no haber entendido el sentido profundo de la doctrina social de la Iglesia, ni tampoco la naturaleza de la teoría económica y lo, que es más importante, de la misma acción humana. De hecho viene a rebajar la primera a la extraña condición de una especie de metateoría económica, que no se sabe por qué razones ni por qué vías aportaría las claves para llevar a cabo la realización de una especie de paraíso sobre la tierra.

En mi opinión, a la doctrina social de la Iglesia sólo le interesa muy secundariamente el resultado externo y objetivo de la acción social. Respetar lo que es fruto de la libre decisión de los hombres, que es siempre algo histórico y por tanto transitorio. Lo que en realidad le interesa es anunciar la verdad sobre el hombre, de tal modo que nunca falte esa luz de la verdad, fuente de la verdadera libertad, de tal modo que nadie pueda alegar ignorancia por no haber vivido de acuerdo con la vocación y dignidad recibida de Dios.

Otra cosa es que se compruebe *a posteriori* que la Iglesia llevaba razón cuando levantó y ha levantado su voz contra los que en nombre de un utópico resultado beneficioso para todos estaban dispuestos a aplastar la dignidad del hombre, y que de hecho aplastaron también la posibilidad de un normal desarrollo, no sólo de la teoría económica, sino de la misma actividad económica.

No es que a la Iglesia no le interese el bienestar y la mejora de la condición humana, sino que sobre todo le interesa que cada hombre pueda desarrollarse en condiciones de libertad y respeto a su condición de persona. Que de eso se siga un mayor o menor nivel de bienestar no es lo que le preocupa, ya que en cualquier caso sólo la decisión de los hombres es responsable de ese resultado.

Teniendo en cuenta lo que hemos dicho sobre la autonomía de la teoría económica, creo que sí es muy importante se-

ñalar que en los últimos años, dentro de la diversidad de enfoques y visiones que existen en el seno del amplio campo de la teorías económicas, es cada vez más patente que es precisamente el concepto de razón humana el que ha sido objeto de una continuada revisión y ampliación de perspectiva, estando actualmente en un prometedor camino de superación de enfoques anteriores excesivamente simplistas.

Como ya hemos dicho, el miedo casi atávico a las consecuencias de la libertad humana y al hecho de que el hombre parece no tener ningún fin en la realización de la acción externa u objetiva, había llevado, posiblemente por influencia de la metodología de las ciencias naturales, a una especie de falso naturalismo, donde la construcción del orden natural se dejaba en manos de aparentes fuerzas naturales, que han llevado a visiones materialistas o cónicas del sentido de la acción humana. De este tipo son los modelos racionalistas basados en visiones naturalistas u organicistas de la realidad social que llevan a visiones simplistas y deformadoras de la racionalidad de la conducta humana.

Los nuevos enfoques parten de una visión más amplia de la racionalidad humana, en la que se reconoce que no se puede reducir a la lógica, y menos al cálculo. Una nueva visión de la racionalidad que ha surgido precisamente con ocasión de los modernos desarrollos de la acción empresarial, que han pasado a desempeñar un papel muy importante en el nuevo modo de enfocar la teoría económica. Hasta ahora la economía se había ocupado mucho de la estructura de un orden dado que se suponía meta y fin de la acción humana. Un planteamiento dominado por el prejuicio de aplicar el cálculo a la acción humana. Ahora se empieza a ver que, como decía Poincaré, la matemática comienza donde acaba el cálculo, con lo que pretendía expresar que la verdadera ciencia nace en la frontera de la innovación, cuando el hombre de algún modo se supera así mismo. Cerrar la racionalidad a la elección entre recursos escasos es quedarse con una parte muy pequeña del problema. Ahora se empieza a ver que la racionalidad de los agentes económicos depende de los fines y motivaciones que se persiguen, y que precisamente lo que impulsa la economía

no es lo previsible o calculable, sino la posibilidad de desarrollar una racionalidad abierta, capaz de enfrentarse con lo inesperado. Algo que de algún modo es lo que está detrás de ese nuevo enfoque de la dirección de empresas que se designa con el sugerente nombre de gestión del conocimiento.

Ciertamente, la eficiencia y la técnica son importantes a la hora de estudiar cómo se puede construir el orden social, pero si no se relacionan con una visión más amplia de la racionalidad, en la que entra la posibilidad de juzgar sobre fines que se proyectan más allá de ellos mismos, la misma limitada capacidad de la técnica impide entender la esencia del problema.

Las nuevas teorías económicas que se han enfrentado con el problema de la incertidumbre y de la formación de expectativas ponen de manifiesto la necesidad de enfrentarse con lo que me gusta llamar racionalidad abierta, aquella que tiende a la verdad, consciente de que se enfrenta con la apertura con lo imprevisible. Creo que, a pesar de emplear un lenguaje aparentemente negativo, como puede ser el concepto de "racionalidad limitada", en realidad supone un reconocimiento de una dimensión en la racionalidad humana que permite y posibilita la acción más allá de lo que permiten los dominantes modelos racionalistas y ultraformalizados.

Los enfoques naturalistas de la teoría económica quisieron eliminar la componente ética de los modelos de construcción de la sociedad. Puede decirse que tuvieron miedo frente a la libertad y artificialidad del orden social, y se sometieron a ese otro tipo de submoralidad que es el imperio de las leyes necesarias de lo natural. Eso degeneró en una racionalidad superflua y anquilosada, el dominio de una visión muy estrecha y limitada de la eficiencia.

Los nuevos y más amplios enfoques de la racionalidad promocionados por una visión de la economía desde el punto de vista de la acción empresarial, en la que es imprescindible superar la visión de la elección desde el punto de vista estático del consumidor, han puesto de manifiesto que lo verdaderamente importante en la conducta del empresario es la inno-

vación y el futuro. Enfrentarse con el futuro, apostar por lo que puede y no puede suceder, exige un tipo de racionalidad donde lo que cuenta no es tanto el cambio externo, sino el cambio interno, los modos de entenderse uno mismo y sus relaciones con los demás, algo que inevitablemente remite a la conexión entre lo que se produce y lo que se va siendo.

Casi al final de «El gatopardo», el príncipe protagonista de la famosa novela dice: «es necesario que todo cambie para que todo siga igual». Una frase aparentemente ambigua pero que revela la inevitable conexión entre lo que se produce en el exterior, las cosas y situaciones que quedan fuera del hombre, y el rastro imborrable que ese suceder externo deja en el interior de cada hombre. Efectivamente, para avanzar, algo debe seguir igual, lo que tiene valor permanente y permite a cada hombre orientarse en el sentido último de su actividad, algo que le permitirá salir reforzado y mejorado interiormente como consecuencia de esos cambios interiores. Esta idea es la que está detrás del nuevo modo de ver las empresas como «núcleos de competencias», como una estructura de virtudes y capacidades que no sólo permite enfrentarse con la incertidumbre de un mundo cambiante, sino que genera mejores equipos, es decir, individuos que pueden mejorar su condición de personas, sujetos en los que es posible apoyarse.

## CONCLUSIÓN

Las aparentes limitaciones de la razón humana y su miopía para mirar muy lejos no son tanto defecto como manifestaciones de la grandeza del destino humano. Es precisamente esa insatisfacción del conocer humano la que más pone de manifiesto, como tan certeramente supo ver san Agustín, la dignidad de la condición personal del hombre. Algo que ciertamente también produce un vértigo, descrito de modo genial aunque desgarrador por Nietzsche cuando decía que el hombre es el único ani-

mal sin acabar. Ni tiene entorno natural, como los otros animales, ni se siente plenamente satisfecho en ninguno de los órdenes que construye. El hombre es sobre todo un ser que busca la verdad, y por eso no tiene nada de extraño que esa búsqueda de algún modo se convierta en el hallazgo de lo inagotable.

Por eso, creo que una teoría económica que no deje apertura, o que no permita tender un puente entre el resultado externo y objetivo de la acción y lo que queda en el hondón del alma del agente es por lo menos manifiestamente mejorable. Es evidente que las obras externas, por importantes que sean, acaban por pasar, y sólo cuenta la huella que dejaron en el fondo del agente, el carácter que se fue configurando con ocasión de esas obras.

La modernas teorías de la empresa insisten cada vez con mayor fuerza en la importancia de esa especie de conexión entre el resultado externo de la acción y las cualidades personales de los que actúan. No es bueno ni conveniente provocar un falso enfrentamiento entre lo que podríamos llamar la «cultura del ser» y la «cultura del tener», como si fuera posible establecer una radical desconexión entre las obras y el corazón del que actúa, como pretenden determinadas posturas. Aunque tampoco sea posible, ni deseable, establecer una perfecta correspondencia. En cualquier caso, siempre es el mismo hombre el resultado perenne de su acción.

Aunque aparentemente pudo resultar cómodo y simplificador sostener la existencia de una absoluta desconexión entre los resultados externos de la acción y la condición moral del agente, metodológicamente es falso. Es manifiesto que la actitud de servicio, el deseo de hacer las cosas honradamente, de no engañar a nadie, de cumplir la palabra dada, etc. son aspectos de la personalidad humana sin los cuales se hace imposible explicar el éxito de muchas empresas. El hombre quiere con obras y sólo puede amar, incluso a sí mismo, a través de otro. Por lo general, la calidad de las obras deja traslucir la calidad de las personas.

Es en ese modo de obrar, en las relaciones concretas aquí y ahora, como el hombre descubre su propia identidad, y com-

prende el sentido del amor a Dios a través de su servicio a los hombres. Lógicamente, eso implica una notable apertura del sentido de la racionalidad humana, ya que invoca un orden y una finalidad de la acción que no queda limitada a la dimensión externa de la acción.

Por eso, cuando hemos dicho al principio que lo primero a lo que lleva la doctrina social de la Iglesia es a la mejora de la competencia profesional del empresario, no debe interpretarse en el sentido de que el empresario debe limitarse a conocer el modo de mejorar la eficiencia de sus operaciones externas, ajustándose sólo a la información del entorno objetivo y externo, sino que debe tener un conocimiento prudencial, de tal modo que según sus circunstancias y su manera de entender el sentido de la vida y de la sociedad, determine su modo de actuar. En este sentido, la doctrina social de la Iglesia exige una continuada mejora humana del empresario que, como es coherente con la estructura personal del agente, comienza por la mejora de las operaciones más simples e inmediatas que realiza.

Es en el corazón del hombre donde se puede producir la fusión o síntesis entre todos los conocimientos y razones que impulsan a la acción. Sólo el que cada día se esfuerza en la superación personal en todos los planos, apoyándose en todo lo que sabe, encuentra el camino de vivir los principios de la doctrina social de la Iglesia, aún sin conocerlos. Puede decirse de muchos empresarios que trabajan con honradez y desarrollan virtudes humanas, lo mismo que alguno de los padres de la Iglesia decía de alguno de los filósofos paganos: «son naturalmente cristianos».

Eso no quiere decir en absoluto que el empresario deba prescindir de un buen dominio de la doctrina social de la Iglesia. Lo mismo que un empresario deseoso de mejorar su modo de gestionar acude a los expertos asesores o asiste a cursos en las escuelas de negocios, por un motivo que vendría a ser prolongación natural de ese deseo de mejora, un buen empresario debe también estudiar las consecuencias prácticas que la fe tiene en su acción, lo cual no es simplemente una cuestión teórica, o un asunto de curiosidad intelectual, sino sobre todo

un problema práctico de aprender a vivir de una determinada manera. Sólo mediante el ejercicio cotidiano, en el empeño por superarse, se produce esa integración de saberes teóricos y prácticos que configuran a una buena persona y a un buen profesional.

Acabo con una frase de Juan Pablo II en el número 59 de la *Centesimus Annus* «para que se ejercite la justicia y tengan éxito los esfuerzos de los hombres para establecerla, es necesario del *don de la gracia*, que viene de Dios. Por medio de ella, en colaboración con la libertad de los hombres, se alcanza la misteriosa presencia de Dios en la historia, que es la *Providencia*».